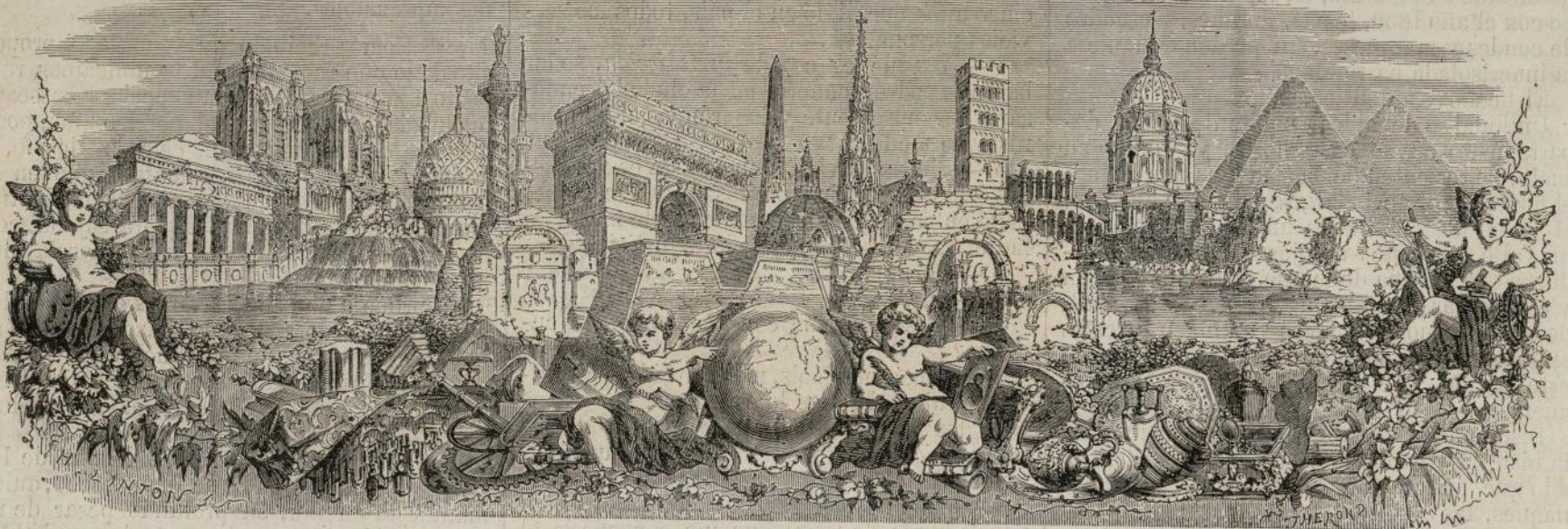


EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.
MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.
 Un número suelto, 3 reales.
 Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 24. — Junio 28 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la redaccion se remitirán al Director del MONDO ILUSTRADO, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.
ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. .. — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)
 Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.
PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.
 Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.



Anexion de la Saboya á la Francia.

Ayuntamiento de Madrid

CRONICA DE PARIS.

No carece de chiste, ni de oportunidad el siguiente hecho ocurrido no ha mucho, cuando el *Consejo de Sellos de Nobleza*, exigiendo á la raza de sangre azul las pruebas legales de su alcurnia, ha sepultado en el polvo con el año 1859, lemas, florones, y escudos de condes y marqueses, sin perdonar siquiera la inacrisolada partícula de.

El hecho es auténtico, héle aquí:

Un hidalgo de aldea, habitante de un departamento cuyas costumbres, ya que no su suelo, se resienten de las huellas que dejara el feudalismo, un hidalgo mas pobre que Job, el baron de V..., habita un triste caseron en un valle del Oeste: antójasele á este buen hidalgo que la verja de su huerto es una poterna y el palomar una almenada torre y vive allí de berzas como los conejos y tambien de estos animalitos cuando su prodigalidad le permite este regalo, que en verdad no es con frecuencia.

Discípulo de un cura de aldea, conocia poco la historia y concretaba su erudicion literaria á lo que anualmente le enseñaban los almanques, las estampas y las aleluyas.

La casa solariega heredada de su padre arruinado, segun él decia, por el empréstito de Haití, se encontraba en el mismo deterioro que el estómago del hidalgo, y los aires colados se cruzaban en todos sentidos, dejando á su paso, polvo en el verano, humo en el invierno y durante todo el año abundantes córizas y reumatismos.

La mas inhabitada de todas las piezas era el comedor, triste cuarto que jamás llenó su destino! Tenia la pieza una ventana, abierta en la pared del occidente, ajitada, sacudida por los huracanes, compuesta y remendada cien veces, pero necesitaba á pesar de todo de una reforma completa. Mas cómo reparar este mal? Una noche cruel del último invierno, en que andaban los vientos desencadenados como una legión de diablos, la vetusta ventana, sacudida por el temporal, cayó al suelo en mil pedazos, suspirando con los cierzos. Refugióse el baron á la cocina y decidió llamar al carpintero de la aldea, quien clavó cuatro tablas en la glacial abertura, despues de recibir la orden de hacer una ventana nueva que debia entregarse la semana inmediata. Entre tanto, el baron se puso á escudriñar algun medio de pagar al carpintero... porque dinero en la casa, Dios lo dé! — Si pudiese convenirle un trueque cualquiera por su salario? Decia el pobre hidalgo, y púsose á revolver sus empolvados mamotretos y sus viejos pergaminos, deletreó, leyó, comentó y creyó por fin haber encontrado un medio de pagar la ventana!

« — Y si este expediente me surte efecto, — dijo para su capote, — repararé así poco á poco toda mi casa solariega, me vestiré de punta en blanco... y abasteceré mi bodega y mi cocina... ¿Cómo diablos no se me ha ocurrido antes tan feliz idea? » Al jueves siguiente llegó el carpintero con la ventana de madera de encina, guarnecida de cristales y de hierro y pronta á adaptarse al marco de la antigua: al cabo de una hora dejó colocada la ventana.

Cuando el carpintero demostró y probó que las hojas jugaban perfectamente, que ni el viento ni la lluvia penetraban, y que el baron podia volver á instalarse en su comedor, que á la vez le servia de sala, presentó su cuenta, — la cual ascendia á sesenta y dos francos...

« — Bien, bien, maestro Vicente! Ahora, decidme: ¿cómo quereis que se os baga el pago? »

« — Toma! señor baron, como lo hace todo el mundo! »

« — Es que, amigo mio, yo tengo otra cosa mejor que ofreceros. »

« — Mejor que la moneda de plata? el oro! »

« — No, eso es muy vulgar! todo el mundo paga así. Yo os ofrezco...

« — Diamantes? »

« — No, hombre, no; os pagaré en... *jurisdiccion*. »

« — ¿En qué, señor baron? »

« — Digo que en *jurisdiccion*. Tengo derecho para ello, y aquí están mis pergaminos que lo prueban! Mi abuelo, el señor feudal de V..., pagó de esta manera durante veinticinco años que vivió en el pais, todos los servicios personales... »

« — Y ¿qué es eso de *jurisdiccion*, señor baron? ¿podré venderlo en la ciudad ó endosarlo por mis sesenta y dos francos al almacenista de maderas? »

« — Sin duda, si el almacenista es del distrito! si tiene quejas, pleitos ó justificaciones pendientes, ó que puedan ocurrirle mas adelante, ya vendrá á mí y le haré justicia. »

« — Con que *juris*... »

« — *Diccion*. »

« — Y eso se come con tenedor ó con cuchara? »

« — ¡Qué tonto sois, maestro! id á preguntárselo al cura; él os lo explicará! Por sesenta y dos francos... calculo yo dos horas de *jurisdiccion* plena y entera. Ya veis que no es mal negocio, y que no soy tirano. »

« — Ah! vamos! ¿es, como quien dice, un par de horas de riego que me concederia el acequero que está encima de mis tierras? »

« — Sí, una cosa por el estilo, maestro. Andad á ver al cura que fué mi preceptor y os lo explicará mejor que yo. »

« — Ca! no, señor baron! no tengo que vernada con el cura: con quien yo tendré que ver será con el alguacil, si para el domingo por la mañana no me pagais, en oro, en plata ó en cobre, pero en moneda corriente, la ventana que me mandásteis hacer... »

« — Cómo es eso! pelgar!... villano!... canalla!... ¿alguaciles á mí?... Os atreveis?... »

« — Me atrevo á deciros, señor baron, que os obligaré á pagarme el domingo como se paga en Francia desde que hay justicia y no *jurisdiccion*. »

Y esto diciendo, marchóse tranquilamente el carpintero, dejando á nuestro hidalgo aturdido, quien se puso de nuevo á deletrear y á examinar con ardor sus pergaminos. Llegada la noche, durmió poco, ajitado por el siguiente pensamiento:

« — Ignoraré yo por casualidad la existencia de nuevos abusos en mis derechos? ¡Es lástima que no pueda yo abonarme á un periódico como el *Mercurio* ú la *Bandera blanca* que ví en otro tiempo en casa de mi abuelo! Así podria saber á qué altura nos hallamos hoy. »

Al dia siguiente el pobre baron fué á visitar al médico de la aldea vecina para contarle sus amargos cuitas. Lo que éste le manifestó produjo tal confusion en las ideas del hidalgo, que estuvo á pique de volverse loco. Aconsejóle el médico que buscara medios de pagar, y que despues depositase sus negocios en manos de un hombre de la curia. Seguido el consejo, y examinados los papeles y pergaminos, encontróse que nuestro hidalgo era acreedor legal y legítimo en la deuda de Santo Domingo, que Soulouque pagó con toda exactitud, merced á su famoso quinto sobre los cafés, — y que su crédito ascendia á la suma de 180,000 francos, á la que hay que agregar otros 60,000 de intereses de intereses!

Emprendió nuestro hidalgo un viaje á Paris, en donde se encuentra á esta fecha, y no tenemos espresiones con que pintar, no ya su sorpresa y aturdimiento, sino su espanto! Conducido á casa de la vizcondesa de T..., parienta suya, miránle allí como un verdadero objeto curioso y digno de estudio, y preguntanse cómo un hombre ha podido vivir hasta la edad de treinta y cinco años en semejante aislamiento, mas bien que como un campesino como un salvaje! Piensan ponerle un preceptor, y cuando sepa en dónde está, de qué manera se vive y el porqué de las cosas

mas vulgares del mundo, de la razon etc., etc., le casarán con una buena muchacha, sin dote, que tienen en perspectiva, quien acabará de dar el último toque á esta tardía educacion

El hecho parece increíble y, sin embargo, es cierto... aunque para asegurarlo á nuestros lectores no tuviéramos otra razon que la de San Agustin en otros cien casos que parecian incomprensibles.

Hemos recibido varias cartas á propósito de lo que recientemente publicamos respecto á la máscara de Juan Jacobo Rousseau, modelada sobre el natural por Houdon poco despues de la muerte del célebre filósofo, y vendida en 660 francos, mientras que en la sala vecina al sitio de la venta alcanzaba triple valor una antigua tabaquera sajona, con figuras, nada edificantes, disputándose la infinitos compradores.

La primera de estas cartas es de una de las autoridades federales de la Suiza, y en ella se nos hace observar, que si Ginebra no ha procurado adquirir esta máscara, no ha sido ciertamente por indiferencia hacia el hombre ilustre al cual ha levantado una estatua.

La segunda misiva procede de uno de los mas ardientes discípulos de Juan Jacobo, quien manifiesta en ella su profundo pesar de no haber sabido á tiempo la venta de que hablamos, añadiendo que de saberlo oportunamente, hubiera pagado la máscara « á peso de oro. »

Otras dos se reducen á manifestar el mismo deseo, y sus autores suplican á la redaccion del *Mundo ilustrado* se sirva publicar el facsimile de esta máscara. — Para ello no hay mas que un inconveniente, aunque bastante considerable, y es, que la susodicha máscara ha ido á parar á manos desconocidas; razon por la cual no podemos acceder al deseo que se nos manifiesta, á menos que el dichoso poseedor de aquel histórico y monumental objeto no lea estas líneas y se preste á proporcionárnosle.

En fin, una última carta, cuyo contenido vamos á reproducir por la naturaleza de la cuestion que en ella se inicia, está firmada por uno de nuestros abonados. Cumple tambien al poseedor de la citada máscara, si se digna hacerlo, como no dudamos, desvanecer las dudas biográficas, ó mejor dicho históricas, en el caso presente, á que nuestro suscriptor hace referencia.

La carta dice así:

« Muy señor mio, »

« Despues de haber leído en una de las mejores biografías de Juan Jacobo Rousseau el detallado relato de su muerte, *hija de un suicidio*, segun allí se afirma, tuve el natural deseo de ver su máscara, modelada por Houdon, para asegurarme de la verdad de aquel aserto; pero mis reiteradas pesquisas á fin de encontrarla no tuvieron resultado alguno. »

« Háblase de si fué un disparo de pistola sobre la frente, ó un golpe — cosa poco admisible — contra el ángulo de la marmórea chimenea, lo que produjo la muerte del gran filósofo: en cuyos distintos casos los vestigios deben ser bien diferentes. »

« De haberme encontrado en Paris cuando se vendió la máscara, no hubiera dejado de cerciorarme del hecho; pero la primera noticia que tuve de esta venta fué por la lectura de su artículo. »

« Los amigos de la verdad histórica podrian averiguar por sí mismos si la lesion en el hueso frontal dejó la marca del agujero de una bala, ó, lo que es poco verosímil, la huella de una contusion bastante fuerte para producir la muerte en pocas horas. »

« Tal vez convendria que llamáseis la atencion sobre este asunto, facilitando así el medio de fijar de una manera indudable el género de muerte de ese hombre extraordinario. »

« Vuestro afectísimo, etc. »

No trataremos de profundizar aquí una cuestion tan delicada y, sobre todo, tan con-

trovertida. Sabido es que Musset-Patey, uno de los mas celosos biógrafos de Juan Jacobo, opina por el suicidio; pero ha tenido numerosos contradictores, y M. Saint-Beuve dice en una de sus obras que de la sumaria auténtica resulta probada como natural la muerte del ilustre desesperado. — Como quiera que sea, el exámen detenido por parte del actual poseedor de la máscara ofrecería un vivo interés, y podría fijar definitivamente el punto discutido, dando tal vez una triste solución á mas de una teoría del filósofo ginebrino.

Nos asociamos, pues, gustosos al deseo que nuestro suscriptor manifiesta, apeteciendo que sea tomado en consideración por el desconocido propietario de la máscara de Juan Jacobo Rousseau.

Los sombreros de las señoras están en completa insurrección. La moda las obliga á levantar mas y mas los dijes que se colocan sobre sus alas, recordando los peinados del Directorio, es decir, de la época mas absurda de las modas francesas despues de la del gran Versailles. Los peinados que se ostentaban en las últimas reuniones del finado invierno, indicaban una tendencia poco graciosa hacia la exageración, y á juzgar por ellos, no parece sino que las señoras tienen un verdadero placer en aglomerar sobre la frente multitud de cosas etereogéneas, sobre todo, las que no descuellan por su grande estatura. Las mas modestas y las mas altas se contentan todavía con lazos de cabellos, flores, estrellas y plumas en forma de media luna, sin olvidar tampoco las espigas del tiempo de Catalina II y de María Antonieta: claros preludios que anuncian para el próximo invierno elevadas construcciones.

Por lo demás, la latitud de las señoras es ya bastante voluminosa para poder rivalizar con los capichos de sus abuelas sociales. Las crónicas del tiempo de Luis XV ofrecen sobre este punto descripciones que corren parejas con un crecido número de retratos que sirven de adorno á los desvanes del palacio de Versailles.

« Se han visto, dice una de ellas, se han visto durante algun tiempo peinados á la *Ifigenia*, — es decir, flores negras dominadas por la media luna de Diana con una especie de velo que cubre la parte posterior de la cabeza: esto es sencillo y muy gracioso. — Ahora hay peinados á la *Circunstancia*. Consiste en llevar sobre la izquierda un gran ciprés formado por caléndulas negras, al pié del cual se extiende un crespon del mismo color y tan bien acondicionado, que representa sus largas y numerosas raíces. En la derecha hay un gran manojo de trigo al lado de una cornucopia, de donde salen con abundancia ligos, uvas, melones y toda clase de frutos perfectamente imitados en plumas de varios colores. Este peinado simboliza perfectamente el luto que se debe al finado rey y lo mucho que se espera de su sucesor!

» Pero el prodigio de imaginación en materia de *peinados* es el de la *Inoculación* que reúne una *serpiente*, una *maza*, un sol naciente y un *olivo* cubierto de frutos. Se comprende con facilidad que la serpiente representa la medicina; la maza, el arte que ha destruido al monstruo bariólico; el sol naciente es el emblema del nuevo rey, y el árbol, el símbolo de la paz y dulzura que derrama en las almas el triunfo de la *Inoculación* á que se han sometido nuestros príncipes. No deja de ser curioso el ver cubiertas con toda esta mitología las cabezas de nuestras mas encopetadas y aristocráticas damas... » (La palabra encopetada nunca pudo ser mas técnica.)

Maese Beaulard, insigne mercader de modas, propagó las *cofias alegóricas* características del estado y condición de cada dama.

Además inventó las célebres *cofias á lo suegra*. Estas cofias, por medio de resor-

tes ocultos, de un juego fácil, se levantan ó bajan á voluntad. Para casa, son modestas y de un volumen ordinario; pero cuando hay que hacer ó recibir visitas, se toca el resorte y la cofia se lanza, se eleva, y llena... todas las condiciones de la moda y del buen tono. »

Por dicha, y por si se reproducen estas modas, los arquitectos del nuevo Paris ponen anticipadamente coto á todas estas exageraciones, y las puertas que abren en las cajas de té donde nos albergan obligarán siempre á las señoras á moderar sus babélicos peinados.

Una señora del gran mundo fué víctima noches pasadas de cierta dolencia. Pasó el caso en la comida de un alto funcionario: la dama víctima estaba colocada en la mesa al lado de un personaje diplomático que necesitaba á todo trance catequizar los obsequios de la familia.

Tratábase de inclinar la influencia de éste en la elección de un secretario de embajada por quien esta señora tenía un vivo interés. Solicitó y obtuvo sentarse al lado del diplomático y quince dias hacia ya que contaba con este privilegio para lograr su ansiado intento. Llega por fin el dia, ya están en la mesa...

Sirven el madera, que rehusa la dama, quien se deja llenar de agua una vez y otra el vaso por el personaje, como si se tratara simplemente de un rio, y en tanto, prontas sus baterías, se arma de todas sus sonrisas... (sus sonrisas, nótese bien esta circunstancia) le saetea con sus miradas y le hace fuego con su talento! El ataque era vigoroso: Su Excelencia, perseguido hasta los últimos atricheamientos, se encuentra como la criada de Molière, aturrido. Háblanle de *Pedro de Médicis*, de la lotería de la embajada de Inglaterra, de la apertura de la esposición hortícola de la primavera, de la venta de los dibujos de Raffet, del último baile del conde de Morny, de las corridas de Chantilly... en fin, de todo lo que ocupa á la alta sociedad... y Su Excelencia no prueba bocado, tal escucha, — tal fija tambien sus miradas, porque la dama es lindísima y á cada palabra que pronuncia su interlocutor, esta ríe francamente ostentando sus dientes... sus dientes incomparables, de un esmalte!... Mal haya el símil de las perlas! Seria inverosímil emplear una imájen que hiciera suponer que una señora lleva su collar en la boca!

Solazábase la dama, brillaba, radiaba y aun servían la dorada, pescado exquisito destronado ya por el rodaballo. Teje, urde, se amaña, y segura ya de su triunfo, lánzase á contar una anécdota diplomática para venir á parar mañosamente en el primo que se trata de recomendar, y por cuyos méritos es preciso, antes de que se concluya la comida, arrancar una promesa favorable. Estaba ocupándose del Oriente... cuando la ofrecen una chuleta de carnero que acepta inadvertidamente. Mientras que su vecino muerde la historia, ella hinca sus dientes en el hueso y...

Que la sucede repentinamente? La señora de la casa que en aquel instante tenía los ojos fijos en ella, la vé palidecer primero (lo que prueba que su rostro no estaba pintado con carmin...) luego sonrojarse (lo que prueba que no tenía blanquete) y por último llevar con precipitación su servilleta á la boca... El diplomático sigue escuchando pero no oye ni una palabra!

La mira atónito y se convence de que la actitud de su linda vecina ha variado. No se atreve á preguntarla... pero procura anudar la conversacion interrumpida repentinamente:

« Creeis, señora, que el Rhin estará corrido este año?

En lugar de responder, la dama hace un gesto equivalente á: ¿qué me importa?

» Señora... os sentís indispuesta, añade al punto Su Excelencia.

Un breve « no! » ahogado en un pañuelo bordado llega á penetrar en sus oídos. Cosa mas estraña! Una reaccion tal y tan repentina... suceder tan pronto la noche oscura á las mas brillantes luces pirotécnicas!

Continuó y concluyó así la comida, sin que la dama recobrase el uso de la palabra, á pesar de las reiteradas instancias, contentándose con desflorar en la estremidad de sus labios algunos manjares que la presentaban y en cuanto dejaba de tocar los alimentos ponía al punto el pañuelo en los labios! El diplomático se resignó á respetar el silencio caprichoso de su vecina, sin explicarse tan súbita mudanza. Abandonó la mesa y una hora despues el salon, sin lograr la solución de este enigma. Pero héla aquí. Su Excelencia la leerá y se reirá. En cuanto á la dama...

Oh dolor! no tenía que agradecer á la naturaleza mas que treinta y un dientes bien alineados — el trijésimo segundo se lo debía al arte! Y ese diente, que habria pagado con un diamante de igual calibre, si alguna hada hubiera podido devolvérsele, era uno de los cuatro incisivos superiores, — precisamente aquel en que mas se esmalta y brilla la risa de que tan hábilmente hacia alarde! Quién no comprende desde luego tanta desgracia!

Porque, con franqueza, qué importa pasar por caprichosa ó grosera á los ojos aun de un alto personaje, comparado con el incommensurable dolor de revelar á todos, y en especial á las mujeres, — y máxime á las amigas — que un pedazo de colmillo de elefante, que un fragmento de hipopótamo vino á tomar, dos años ha, asiento en la sonrosada encía?

Al dia siguiente el diplomático indicó al ministro el secretario que le agradaba; — y no era el primo de la dama del diente falso!

En uno de nuestros últimos números hablamos de una especie de carta circular dirigida por una jóven extranjera á varios opulentos personajes de Paris; jóven que, segun nuestros lectores recordarán, se hallaba detenida como en prenda, si así puede decirse, en una casa de educación del faubourg Saint-Germain, despues del fallecimiento de su familia en Oriente. Tambien dijimos que seria de desear se encontrase por ahí algun rico inglés de sentimientos generosos que se decidiera á hacer la felicidad y la fortuna de una jóven tan hermosa y bien educada, y cuya situación escepcional inspira las mayores simpatías...

Pues bien, parece que la bella asiática tiene ya la seguridad de que su crítica situación quede resuelta muy pronto, y de hacer su entrada en el mundo de una manera honrada y digna. Dícese que un extranjero se presentó hace pocos dias en la casa donde la pensionista ha recibido su educación, que habló durante largo rato con la directora del establecimiento, que le fué presentada la jóven bajo un pretesto cualquiera, que la encontró guapísima y que, por último, satisfizo antes de marcharse, los atrasos que debía la educanda, manifestando ser el... de... y estar pronto á casarse con la extranjera, suponiendo que tuviese la dicha de ser acogido por ésta favorablemente!

Con este motivo hemos tenido ayer ocasion de confirmar lo que nos habian dicho acerca de la señorita Antolka Z... respecto al correspondiente que su familia, muerta durante la guerra, le habia dado en Paris, y á la superiora del establecimiento donde recibia su educación desde hace seis años.

Las amonestaciones tendrán lugar á la vez en Paris y en...

Ya daremos á nuestros lectores algunos detalles mas precisos cuando se verifique la doble ceremonia que terminará este singular y dichoso acontecimiento.

JULES LECOMTE.

(Trad. A. L. de B.)



Viaje del emperador á Baden. — Residencia de S. M. en S éphanien-Bad, segun los croquis de nuestro dibujante M. Moulin.



Viaje del emperador á Baden. — Entrevista de Napoleon III. y del príncipe rejente de Prusia, en el salon de Stéphanien-Bad, segun los croquis de M. Moulin.



Exposicion en el palacio de la Industria. — Los animales de corral.

ENTREVISTA DE BADEN.

La entrevista de Napoléon III con los príncipes alemanes es el acontecimiento capital de la semana. Los ojos fijos hace ya tanto tiempo en la Sicilia han seguido un instante con sus miradas al emperador allende el Rhin.

Su Magestad había manifestado el deseo de que no se hiciese por el camino ningún preparativo para recibirle, y sin embargo, cuando llegó á Strasburgo, el viernes, á las cinco de la tarde, las calles estaban colgadas, ostentábanse ricas guirnaldas y decoraciones particulares en las casas de las calles por donde debía pasar el imperial cortejo, y las ventanas estaban cuajadas de curiosos entusiastas que hacían resonar el aire con sus vítores y cubrían el suelo de flores. ¡Quién pone coto á los arranques de la popularidad!

A las cinco y media, la comitiva, en dos carruajes imperiales, dejó la estación para trasladarse inmediatamente á Kehl.

Después de atravesar el puente de barcas, el Emperador subió las escaleras del puente fijo que actualmente se construye sobre el Rhin y pidió á M. Emilio Vuignet, ingeniero en jefe de la línea del Este, noticias y esplicaciones referentes á tan importantes trabajos. En seguida Su Magestad volvió á su carruaje en medio de una numerosa concurrencia, francesa y badense.

A su llegada á Baden, fué á parar á la quinta de Stephanien-Bad, cuya situación representa nuestro grabado. Este edificio, de nueva planta, está construido en dirección de la corriente del río y paralelamente al paseo de Lieten. Aislada por todas partes, circuida de frondosos jardines, esta quinta se compone de sótanos, piso bajo y principal. Desde sus azoteas y balcones se estienda la vista por un variado y admirable paisaje. Los muebles y ornamento de las piezas interiores son suntuosos y dignos de una persona régia. La gran sala que ha servido para las conferencias está por tres costados aislada de toda comunicación y el cuarto está resguardado por una galería cerrada á su extremo.

Después de haber comido en la quinta de Stephanien-Bad, el emperador recibió la visita de S. A. R. el príncipe-reyente de Prusia, con quien permaneció cerca de una hora en el salón, que de hoy mas se llamará de las conferencias.

Concluida esta entrevista, Napoleón III, de paisano y con el gran cordón de la orden del León de Zöhringen, fué al gran-palacio-ducal, en donde estaban reunidos varios príncipes de la Confederación germánica.

El día siguiente por la mañana, sábado 16, el emperador recibió sucesivamente las visitas de S. M. el rey de Wurtemberg, de S. A. R. el gran-duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, de S. M., el rey de Sajonia de S. M. el rey de Baviera, de S. M. el rey de Hannover, de SS. AA. el duque de Nassau y el príncipe de Hohenzollern.

A las tres y media salió el emperador á devolver á las testas coronadas las visitas que le habían hecho.

Por la noche, una pomposa comida reunió en el palacio del gran duque de Baden á todos los soberanos presentes, á la princesa de Prusia, á la duquesa de Hamilton y á la princesa Hohenzollern-Sigmaringen.

Al día subsiguiente, á la una de la tarde, tuvo lugar un almuerzo campestre, en lo que se llamaba en otro tiempo sala del antiguo castillo, hoy sin techo, entre paredes cuyas hendiduras arrojan abundantes matas de yedra y enredaderas: Desde la parte superior de las murallas arruinadas de este antiguo edificio á donde se llega por un camino, serpenteando por la falda de la montaña y en medio de un espeso bosque, se descubre y admira el magnífico panorama que presenta la

ciudad de Baden con la torre de Iburg, la fortaleza y el bosque de Rastadt, las sinuosidades del Rhin, la aguja de la catedral de Strasburgo y el inmenso horizonte limitado por las montañas de los vosgos.

A eso de las dos, el emperador volvió á Stephanien-Bad, á donde antes de su partida se presentaron de nuevo los soberanos á hacerle una visita de adios.

El gran duque de Baden acompañó á Napoleón III hasta la estación de arranque. El tren gran-ducal salió á las diez y cuarto para conducir á Francia al emperador, quien al día siguiente á las diez de la mañana entró en París por la estación del Este.

MAXIME VAUVERT.

(Trad. A. L. de B.)

LA FIESTA DE LA ANEXION.

A las doce y quince minutos del día 14 del corriente, ciento y un cañonazos saludaron la bandera francesa izada sobre la torre del castillo de Chambéry. A la misma hora, el caballero Bianchi de Castagnié, comisionado extraordinario del rey de Cerdeña, firmaba el acta de entrega de la Saboya y se la presentaba á M. Laity, enviado del Emperador.

El mismo día la Francia entera celebraba la reunion de la Saboya y del condado de Niza al imperio.

Los nizanos y los saboyanos no estarán descontentos. La avara primavera no ha concedido este año mas que un día de sol á la capital de Francia, y París ha sabido aprovecharle para festejar dignamente la anexión. ¡Con cuánta presteza se apresuraron los parisienses á dejar los cubiertos pasajes, donde la incesante lluvia los tenía en forzada reclusion desde hace nueve meses! ¡Cuán gozosos corrieron en este hermoso día de sol á presenciar la revista del Campo de Marte, y por la noche, las variadas iluminaciones de los boulevards!

Ay! por desgracia su alegría fué demasiado corta, y no tardaron en convencerse de que la Francia había también anexionado las pardas nubes del Mont-Blanc y los densos vapores del valle de Chamouny, ¡Qué delicioso tiempo el que ha hecho después de aquel día! Hasta los pequeños deshollinadores tiritan de frío, y la Francia, esta buena y querida madre, los calienta bajo su doble manto de armiño salpicado de abejas. Las variaciones atmosféricas que experimentamos, y que señala á cada hora el termómetro tardigrado, hacen indispensable de todo punto llevar las manos garantidas bajo un par de guantes: es preciso, para esponerlas al aire libre sin este forro, ser un antiguo zuavo de las trincheras de Sebastopol ó un héroe veterano de la legión saboyana. Verdad es que estos dos bravos, además de mirar con desprecio las intemperies de la estación, tienen en su pecho, como todos los saboyanos y todos los franceses, alguna cosa que los calienta: el amor de la patria común.

Sí, el amor de los hijos de la Saboya por la Francia es verdaderamente grande: la unanimidad con que votaron su anexión al imperio nos lo ha hecho conocer de una manera inequívoca. Nosotros los amamos también, y apreciando, como deben ser apreciadas, las nobles cualidades que los distinguen, pasaremos gustosos por los inconvenientes climatéricos de su país.

Por otra parte, si hemos hecho retroceder nuestras fronteras por Saboya, también las hemos extendido sobre el litoral del Mediterráneo, llevándolas cerca de Italia. Niza no ha sido menos entusiasta en los votos por la anexión que la patria de los *de Maistre*; y la ciudad del sol y de las flores nos indemnizará bien pronto de los largos

días de lluvia con que ha regalado su hermana al cielo parisiense. Los rayos del astro fecundante, que tan vivos se destellan sobre los naranjales y las rosas del condado, disiparán estos importunos vapores; y Chambéry, París y Niza verán lucir aun hermosos días de ventura.

A. ARNAUD.

Trad. F. de la V.

CONCURSO GENERAL DE AGRICULTURA.

El domingo 17 se ha verificado en el palacio de la industria la inauguración del concurso general de agricultura. Hace exactamente diez años que se habría por primera vez en Francia un concurso de esta naturaleza, pero hay ya mucha diferencia entre la primera exposición del Instituto agnómico de Versalles y la magnífica del palacio de los Campos-Eliseos que podemos ver en este momento.

El concurso exclusivamente francés de este año es mas numeroso en todos sus ramos que el concurso universal de 1856. Pero lo que forma un conjunto mas completo y mas apreciado de la presente exposición, es el haber reunido por primera vez en París la especie caballar á las otras razas espuestas en los concursos precedentes.

En primer lugar adoptemos la gran división del programa oficial: animales, máquinas y productos.

Especie caballar.

Las caballerizas destinadas á contener los caballos nacidos y criados en Francia se componen de cuatro hileras de tinglados que se extienden desde la plaza de la Concordia hasta el puente de los Inválidos.

Las primeras razas que se presentan á la vista son las de los caballos lijeros, ingleses puros, árabes puros y anglo-árabes; después vienen los caballos de coche y las diversas razas. Pero los tipos que atraen al público y le causan admiración, son las bellas razas normandas y *percheronnes*, y creemos que en esta circunstancia el sentimiento público se halla fundado. Somos de opinión que las masas son inteligentes cuando dejan á los placeres lujosos y caros del sport los caballos lijeros para dirigir sus miradas á los caballos fuertes, los útiles auxiliares del hombre. Qué significa, en efecto, ese valor ideal concedido á un caballo por haber aventajado á su rival en medio cuerpo? El caballo lijero de nuestros días es un anacronismo; en el desierto, sea en hora buena, el caballo rápido es una cosa preciosa y útil; pero en los países civilizados, el caballo de raza pura será vencido siempre por el caballo-vapor. Lo que nos falta al contrario y lo que podrían procurarnos los esfuerzos inteligentes hechos en este sentido, es el caballo de guerra y de servicio. No se obtendría este producto por la mezcla de las razas normanda, bretona, *percheronne* y tolosana, con los caballos tan finos y tan graciosos de las razas *turbéenne*, *medocaise*, etc.?

En cuanto á los caballos espuestos este año en París, son casi todos notables por lo bello de sus formas; pero debe decirse también que la mayor parte de ellos han sido premiados ya en los concursos regionales, y que el vencedor de cada categoría puede intitularse: *Primus inter pares*. Pero no abandonemos la caballería sin echar una mirada á la raza asnina, representada por unos veinte individuos. Hay algunos garañones de un vigor y de una belleza particulares. Su utilidad es incontestable, pero su sociedad ruidosa y turbulenta no puede agradar por mucho tiempo.

Entremos en el interior del palacio y visitemos.

Raza bovina.

Aquí la calma ha sucedido al ruido : apenas se oye acá ó acullá algun mujido lastimero, suspiro nostálgico de un animal que estraña sus pastos.

La esposicion de la raza bovina es seguramente una de las mas completas, por la sencilla razon de que una multitud de concursos particulares han contribuido á su desarrollo y alentado los esfuerzos desde hace un período de diez años. Los individuos espuestos en las vastas galerías del palacio pertenecen todos á las razas puras y escojidos entre los mejores. En primer lugar deben mencionarse esos animales normandos, grandes y hermosos, cuyos tipos son mas conocidos. El pelo manchado se halla á la moda y es casi esclusivo en toda esta série. Despues, la raza flamenco pura, pelo rojo ú moreno oscuro, la mejor lechera conocida. Viene en seguida la série numerosísima y muy apreciada de las razas *charolaise* y *nivernaise*, notables por su blanca piel, hermosas por su gordura. De ahí, por una transicion repentina, pasamos á las especies meridionales, gascona, garonesa y *bayadaise*, cuyo color mas modesto varia del pardo claro al amarillento. Démos otro paso y llegaremos á la raza *bearnesa*. Poca leche en esta série, pero mucho músculo y por consiguiente preciosos servicios para la labranza. Pasemos de priesa, á falta de tiempo, frente á las razas, muy dignas de atencion sin embargo, del Franco-Condado y del Limosino, despues de las *parthenaise*, *choletaise* y *nantesa*, y detengámonos delante de las especies *Salers* y de *Aubrac* (Auvernia). Nada es tan hermoso, tratándose de tipo y de gracia de formas, como esta última especie, de cabeza fina y de ojos inteligentes.

Aquí ocupa su lugar la categoría muy numerosa é interesante de las vacas bretonas, lindos animales, estimados por la delgadez de sus formas y sus cualidades como lecheras. Con muy pocas escepciones toda la série es blanca y negra. Estos primorosos animales, fáciles de transportar y alimentar, son muy estimados como animales de recreo para los parques y las quintas. Consagrémos un momento á las razas importadas, cuyos productos son tan numerosos cuanto notables ; hacemos alusion á las especies holandesa, suiza de Ayr, y en fin, de *Durham*. Esta última es, segun se sabe, el tipo absoluto del animal de carnicería ; sus formas pesadas, fuertes y cuadradas la predestinan á engordar. Mencionémos al terminar los cruzamientos obtenidos por la mezcla de las *durham* con las otras categorías. El mejor producto de este género nos ha parecido el *durham-normando*.

La esposicion de los animales pertenecientes al emperador es una série fuera de concurso de los mas bellos tipos de cada especie.

Raza ovina.

La esposicion de esta categoría consta de unos seiscientos individuos diversos, principalmente de las razas merinos y *southdown*. Los *dishley*, los *leicester*, los *berrinos* y las mezclas de estos ofrecen un atractivo particular para el estudio ; pero el público pasa pronto delante de esta série, cuyo crecido tamaño le parece el único mérito.

Raza porcina.

Sucede lo mismo con la raza porcina, cuyo gran predominio se muestra en las variedades inglesas : los *essex* y los *yorkshire*, los *middlesex* y los *hampshire*, y otros cuyos nombres en *sex* ó en *shire* tienen poco atractivo para el vulgo, quien parece interesarse mas por los productos de esta série cuando los ve adornados y preparados en la mesa que en las fuentes mismas de este placer gastronómico.

Animales de corral.

Las especies de corral, que comprenden con las cabras y los conejos todas las variedades de gallos, gallinas, gansos, pavos, patos y palomas, se hallan representadas igualmente por mas de novecientos individuos. La série de las gallináceas, muy completa y muy escojida, ofrece los mas bellos modelos de las variedades de *Crèvecoeur*, de *Houdan*, de *Cochinchina*, de *Normandia*, del *Maine*, etc. Pero la sociedad de todos estos volátiles, agradable en un paisaje, ó en un cortijo, no deja de ser molesta por la reunion demasiado compacta de estos gritos y de esos cloqueos, mas felices como intencion que como realizacion musical.

Máquinas é instrumentos.

Esta interesante categoría presenta cerca de cuatro mil objetos espuestos. El espacio demasiado reducido de este artículo no nos permite entrar en los detalles de esta série. Los innumerables modelos de arados, de rastrillos y otros instrumentos rurales no atraen la atencion mas que de los hombres competentes. El público se detiene mejor delante de las grandes máquinas cuyos preciosos resultados son todavía una novedad, esto es, delante de las segadoras, batidoras y guañeras. Es éste un ramo de nuestra industria agrícola al cual han prestado grandes servicios los concursos, pues á los elementos de estudio que han tomado en ellos nuestros inventores y constructores es á los que debemos la superioridad actual de nuestros productos que no tienen ya que temer la concurrencia de las máquinas inglesas.

Productos.

La esposicion considerable de los productos ocupa todo el primer piso del Palacio de la Industria. Aquí tambien nos dirigiremos desde luego á las partes mas notables, á las que merecen una atencion particular por su utilidad general. Digamos no obstante de paso que los comicios ó sociedades agrícolas de *Lila*, *Angers*, *Rouen*, *Beaune*, *Caen*, etc., etc., han presentado esposiciones colectivas de sus productos naturales ó fabricados, que procuran á todo el mundo los mas preciosos medios de comparacion y de estudio.

En cuanto á las partes especiales sobre las que queremos fijar la atencion, en primer lugar, es el cultivo de los *Páramos*, en la tierra de *Arès*, por *M. L. Javal*.

Todo el cultivo de los *Páramos* se halla allí, delante de nosotros, en algunos metros. Multiplíquese lo que se tiene á la vista, y se habrá hecho un largo viaje sin cansarse. Hé aquí desde luego el suelo, arena fina que emerge del mar, despues que se fija en las vardascas de las alia-gas y del gurbeo, primera planta útil con la cual se hacen sombreros ; despues los brezos que, con sus restos, comienzan á enriquecer á aquella tierra ; entonces aparece el trabajo del hombre quien, por su cuidado inteligente, le hace producir forrajes primero, despues cereales, y por último, las plantas leguminosas de las comarcas mas favorecidas. Pero la gran fuente de beneficio de estas explotaciones primitivas es el cultivo del pino marítimo cuyos productos son solicitados en el comercio. Tributemos alabanzas á los que han comprendido y secundado el fecundo pensamiento del programa del emperador. « Honor á los que han conquistado sobre la naturaleza esta anexion pacífica ! »

Aquí tambien, curiosa muchedumbre, detente y saluda ! Qué cosa es ! telas. Sí, pon sobre esas telas, en un rincon modesto, dos vasos, y en cada uno un ramo de hojas ; despues sobre estas hojas un insecto nuevo, de hermoso azul-verdoso, el *bombyx Cynthia*, el gusano de seda del *ailanto*.

Este insecto, aclimatado por *M. Guérin-Méneville*, el sabio y laborioso sericultor, está destinado á producir una revolucion en la industria de los tejidos. El insecto vive con poco y por todas partes en el clima de Francia. Es una de las grandes conquistas de nuestro siglo.

Hay otras dos exhibiciones nos menos útiles que no podriamos separar una de otra ; hablámos de la piscicultura de *M. Millet*, y de la ostreicultura de *M. René Caillaud*.

La piscicultura ha dado ya pruebas hace mucho tiempo, y los resultados obtenidos son considerables.

En cuanto al cultivo de las ostras por *M. Caillaud*, es cosa mas sencilla todavía ; algunas piedras ó algunos ladrillos sobrepuestos son suficientes para esto. Las ostras jóvenes, no há mucho aún perdidas en los fondos fangosos, encuentran un cuerpo sólido en el cual se adhieren y se fijan. Los parques de *Châtel-Aillon*, en donde las ostras artificiales ocupan ya varias hectarias, son para el pais un manantial de riqueza.

En resumen, el concurso general de agricultura es completo y notable bajo todos conceptos ; llevará á lo lejos el nivel de la industria agrícola. Loadas sean estas luchas de la industria que, por su emulacion fecunda, aumentan la suma del bienestar general y de la prosperidad pública.

MORTIMER-D'OCAGNE,

De la Sociedad imperial de aclimatacion.

(J. R.)

ENTREGA DE LAS BANDERAS EN LOS INVÁLIDOS.

Las banderas ganadas á los Austriacos en la última guerra de Italia habian sido depositadas provisionalmente en *Tullerías* el 15 del último agosto. Al lado de estos gloriosos trofeos se colocaron despues dos estandartes marroquies tomados al enemigo en la expedicion dirigida contra los *Beni-Snassenos*.

Estas banderas y estandartes fueron confiados el 29 de mayo á un destacamento de cien guardias que sin ninguna ostentacion exterior los llevó y entregó al gobernador de los Inválidos.

Su Escelencia el gobernador de este palacio, con su estado mayor y á la cabeza de un peloton de Inválidos, salió á recibir estos trofeos de las recientes victorias francesas, los cuales fueron al punto colocados en la capilla en los sitios preparados al efecto.

MAXIMO VAUVERT.

(Trad. A. L. de B.)

Como todo lo que hace relacion á la vida íntima del gran génio de la Francia escita siempre el mayor interés, creemos que nuestros lectores verán con gusto los siguientes detalles sobre las costumbres de *Napoleon* mientras fué primer cónsul : detalles que extractamos de la novela histórica publicada recientemente por *Alejandro Dumas*, bajo el título de « *Los compañeros de Jehu*. »

La popularidad que han alcanzado en Europa y en América las obras de este eminente escritor, á quien no sin motivo apellida la Francia el rey de los novelistas modernos, es la mejor garantía que podemos dar á nuestros lectores sobre el mérito literario de estos apuntes históricos.

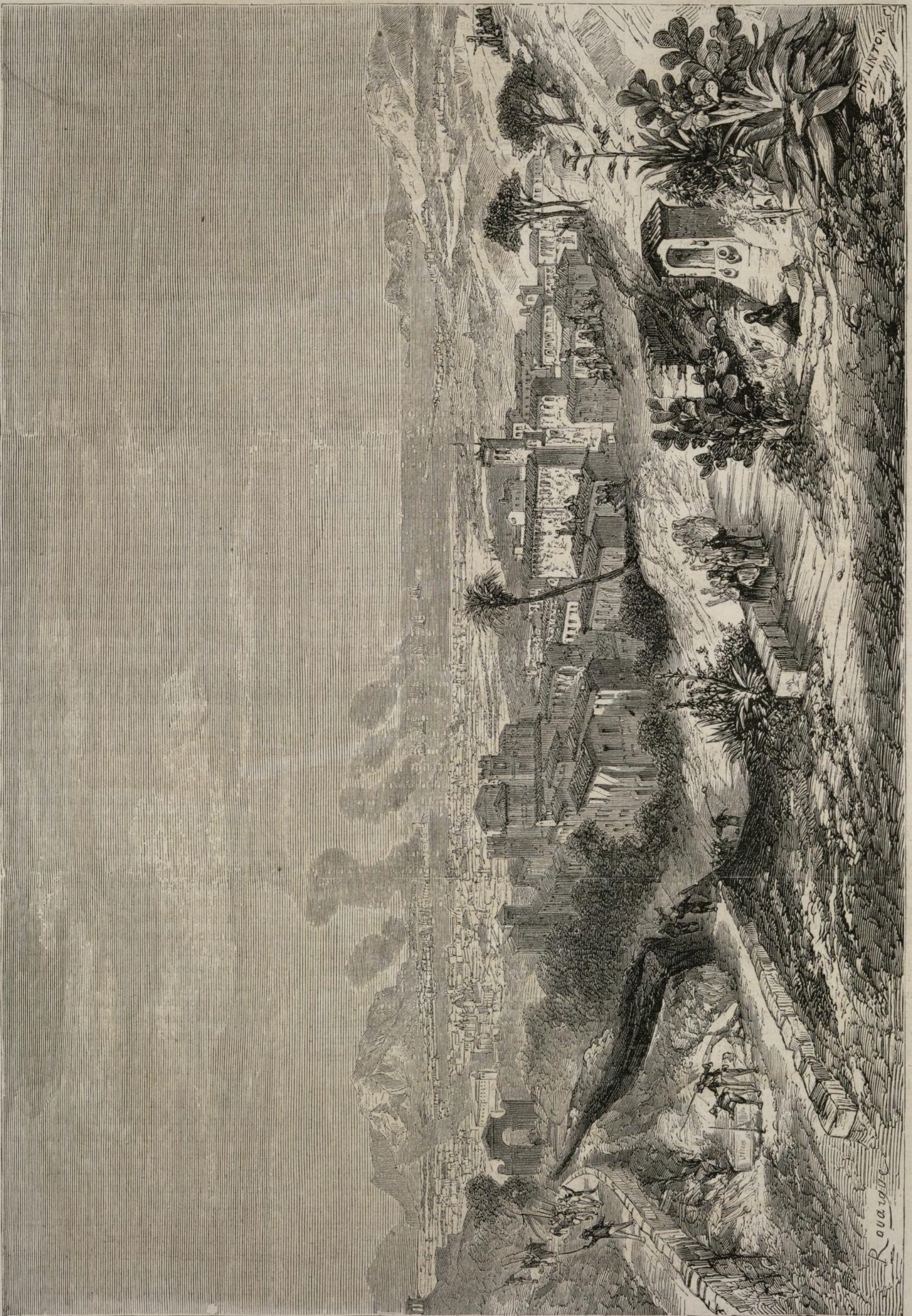
COSTUMBRES DE BONAPARTE, PRIMER CONSUL.

Bonaparte trabajaba con *Bourrienne*.

¿De qué manera dividia el tiempo el primer cónsul en el palacio del *Luxembourg* ?



Los cien-guardias entregando en los Inválidos las banderas tomadas en Italia y los estandartes cogidos a los Beni-Sues c.o.



Vista general de Palermo.

Levantábase de siete á ocho de la mañana, llamaba en seguida á uno de sus secretarios, — con preferencia á Bourrienne — y trabajaban juntos hasta las diez. A esta hora, venían á anunciarle que el desayuno estaba servido, y el primer cónsul y el secretario se dirigían á la mesa, donde los esperaban ya en familia Josefina, Hortensia y Eugenio, con los edecanes de servicio. Después del almuerzo, consagrábase una hora á conversar con los comensales y los convidados, si los había: generalmente venían á tomar parte en estas conversaciones de sobremesa los dos hermanos de Bonaparte, Luciano y José, Regnault de Saint-Jean d'Angely, Boulay, de la Meurthe, Monge, Berthollet, Laplace y Arnault. A eso de medio día entraba Cambacérès. Por regla general, el primer cónsul dedicaba hora y media á su canciller; en seguida, levantábase de repentin y sin transición alguna diciendo:

— Hasta la vista, Josefina! Adios, Hortensia!... Bourrienne, vamos á trabajar.

Una vez pronunciadas estas palabras, que se repetían siempre en iguales términos y á la misma hora, Bonaparte salía del salón y entraba de nuevo en su gabinete.

Allí el trabajo no era metódico: unas veces se empezaba por un negocio urgente, otras por uno de capricho, bien dictando Bonaparte, ó bien siendo Bourrienne el que leía. Tras esto, el primer cónsul marchaba al consejo.

Para ir allá, durante los primeros meses de su consulado, tenía que atravesar el patio del pequeño Luxemburg, cosa que le ponía de un humor pésimo cuando el tiempo estaba lluvioso; pero á fines de diciembre, para evitar esta causa de disgusto, hizo cubrir el patio de cristales, y desde entonces siempre volvía á entrar cantando en su gabinete.

Bonaparte cantaba casi tan alto como Luis XV.

Una vez en su casa examinaba los trabajos que habían hecho durante su ausencia, firmaba algunas cartas, y se arrellanaba en su sillón conversando alegremente con los circunstantes, mientras se entretenía en sacar astillas con su cortaplumas de los brazos de la butaca; si no estaba de humor de hablar, volvía á leer las cartas de la vispera ó los folletos del día, riendo en los intervalos con aire bonachón, cual si fuera un chiquillo; en seguida, y como si despertara de un sueño, poníase en pié de repente exclamando:

— Escribid, Bourrienne.

Y entonces indicaba el plan de un monumento ó dictaba algunos de esos proyectos gigantes que han sido la admiración, el asombro del mundo.

Comían á las cinco: después de la comida, el primer cónsul entraba en las habitaciones de Josefina, donde habitualmente recibía la visita de sus ministros, y en particular la del de negocios extranjeros, M. de Talleyrand.

A media noche, con frecuencia mas temprano, pero nunca mas tarde, Bonaparte daba la señal de retirada, diciendo bruscamente:

— Vamos á acostarnos.

Alas siete de la mañana del día siguiente volvía otra vez á comenzar el mismo género de vida, interrumpido tan sólo por los accidentes imprevistos.

Después de haber dado algunos pormenores sobre los hábitos peculiares del poderoso genio que tratamos de presentar bajo su primer aspecto, párecenos que no estará demás hacer su retrato.

Bonaparte, primer cónsul, dejó menos monumentos de su propia persona que Napoleón emperador; mas como quiera que en nada se asemeja al emperador de 1812 el primer cónsul de 1800, indiquemos, si es posible, con nuestra pluma, esas facciones que el pincel no puede trazar, esa

fisonomía cuyos rasgos característicos no aparecen ni en el mármol ni en el bronce.

La mayor parte de los hombres eminentes en pintura y escultura de aquella época, honor y gloria del arte, Gros, David, Prud'hon, Girodet, Bosio y tantos otros, trataron de legar á la posteridad las facciones del hombre del destino, en las diferentes épocas en que le llamó la Providencia á ser el ejecutor de sus grandes designios, así es que tenemos retratos de Bonaparte general en jefe, de Bonaparte primer cónsul y de Napoleón emperador; pero aunque pintores y estatuarios hayan sido mas ó menos felices en cojer el tipo de su rostro, puede asegurarse en verdad que no existe ni del emperador, ni del primer cónsul, ni del general, un solo retrato perfectamente parecido.

Esto se comprende, porque no era dable ni aun al genio el triunfar de un imposible; porque en el primer período de la vida de Bonaparte podían muy bien trasladarse al lienzo ú á la piedra su cráneo prominente, su frente surcada por las profundas arrugas del pensamiento, su rostro pálido y prolongado, su tez granítica, y el aire meditabundo de su fisonomía; porque en el segundo período podían asimismo trasladarse al mármol ó al bronce sus arqueadas cejas, sus comprimidos labios, su nariz recta y distinguida, su barba modelada con rara perfección, todo su rostro, en fin, semejante á una medalla de Augusto; pero lo que ni el arte pictórico ni el estatuario podían reproducir era la movilidad de su mirada: — la mirada, que es al hombre lo que el relámpago á Dios, es decir, la prueba de su divinidad.

La mirada de Bonaparte obedecía á su voluntad con la rapidez del rayo; en el mismo momento se lanzaba de sus párpados ora viva y penetrante como el reflejo de un puñal sacado violentamente de su vaina, ora dulce como un destello de luz ó como una caricia, ora severa como una interrogación ó terrible como una amenaza.

Napoleón tenía una mirada para cada uno de los pensamientos que agitaban su alma.

Mas esta mirada, escepto en las grandes circunstancias de su vida, cesa de ser móvil para llegar á adquirir una fijeza aun mas imposible de reproducir por el arte: mirada fija que es un agudo barreno que taladra el corazón de aquel á quien se dirige, y que penetra hasta lo mas recóndito de sus pensamientos.

Y aunque el mármol y la pintura hayan imitado esta fijeza, el arte ha sido impotente para expresar la vida, es decir, la acción penetrante y magnética de esta mirada.

Los corazones frios y sin pasiones enérgicas, las almas vulgares, tienen una mirada turbia y sin expresión.

Bonaparte, aun en el tiempo de su mayor delgadez, tenía unas hermosas manos que enseñaba al descuido con cierta coquetería. Cuando engruesó, sus manos llegaron á un tipo de belleza tal que admiraba: eran unas manos magníficas. Ponía en cuidarlas un esmero particular, y mientras hablaba, diríase que las miraba con cierta complacencia.

La misma pretensión tenía respecto á sus dientes: en efecto, sus dientes eran blancos, iguales y hermosos, pero sin embargo, no llegaban ni con mucho á la hermosura de sus manos.

Cuando se paseaba por sus habitaciones ó por el jardín, bien fuera solo, bien acompañado de alguno, marchaba siempre un poco encorbado hacia adelante, como si le agobiara el peso de su cabeza, donde bullían tan grandes pensamientos, y con las manos cruzadas atrás; notábasele frecuentemente un estremecimiento involuntario en el hombro derecho, como si un escalofrío nervioso atravesara esta parte; al mismo tiempo su boca se agitaba de izquierda á derecha, agitación que

parecía relacionarse con el movimiento del hombro. Sin embargo, estos movimientos no tenían, como algunos han dicho, nada de convulsivos: eran simplemente un vicio habitual que indicaba en él una gran preocupación, una especie de congestión de ideas; y la prueba de ello es, que este resabio se le notaba mas á menudo en las épocas en que, ya general, primer cónsul ó emperador, maduraba los mas vastos proyectos. Después de semejantes paseos, acompañados de este doble movimiento de hombro y de boca, era cuando dictaba sus notas mas importantes.

En campaña, en el ejército, á caballo, Napoleón era infatigable siempre, y lo mismo le sucedía en el curso pacífico de la vida ordinaria, puesto que á veces caminaba durante cinco ó seis horas sin apercibirse de ello.

Cuando se paseaba con alguna persona de su confianza, tenía la costumbre de enlazar su brazo con el de su acompañante, apoyándose en él sin cumplimiento alguno.

No obstante lo delgado y cenceño que era en la época en que le presentamos á los ojos de nuestros lectores, preocupábase ya la idea de su futura obesidad, tanto, que solía decir con frecuencia á su confidente Bourrienne:

— « Ya veis, Burrienne, lo sóbrio y lo delgado que soy; pues bien, nadie me quitará de la cabeza que á los cuarenta años seré un comilon y un barrigudo de primer orden. Sí, preveo que mi constitución cambiará, mal que le pese al mucho ejercicio que hago: es un presentimiento que no puede menos de cumplirse. »

Y sabido es á qué grado de obesidad llegó el prisionero de Santa-Helena.

Napoleón tenía por los baños una verdadera pasión, la cual indudablemente no contribuyó poco al desarrollo de su obesidad: esta pasión llegó á hacerle del baño una necesidad irresistible. Cada dos días tomaba uno de dos horas, y mientras, se hacía leer los periódicos ó folletos. Durante esta lectura abría á cada instante la llave del agua caliente, de manera que elevaba la temperatura de su baño á un grado insoportable para el lector, quien por otra parte llegaba á no poder leer. — Entonces era cuando permitía que abriesen la puerta.

Hase hablado mucho de los ataques epilépticos, á que suponen estaba sujeto desde la primera campaña de Italia: Bourrienne permaneció á su lado por espacio de once años y nunca notó que adoleciese de semejante padecimiento.

Infatigable durante el día, según hemos dicho, acosábase por la noche una imperiosa necesidad de sueño, sobre todo en el período en que le presentamos á nuestros lectores: Bonaparte, general ó primer cónsul, obligaba á velar á los otros; pero él dormía, y dormía bien. Se acostaba á media noche y algunas veces mas temprano; y cuando á las siete de la mañana entraban en su cuarto para despertarle, siempre se le encontraba profundamente dormido: por lo general se levantaba al primer llamamiento; pero en ocasiones, todavía soñoliento, decía dándose una media vuelta:

— Bourrienne, te suplico que me dejes dormir otro poco.

Y cuando no había ningún negocio urgente, Bourrienne no entraba sino á las ocho; pero en el caso contrario insistía, y, aunque refunfuñando, Bonaparte se levantaba al fin.

Dormía, pues, siete y aun ocho horas de las veinticuatro, haciendo además una corta siesta después de las doce.

Respecto á la noche, tenía dadas instrucciones particulares á su servidumbre.

Entrad — decía — lo menos posible en mi cuarto; jamás me despertéis cuando tengáis que anunciarme una buena noticia: para saber esta siempre hay tiempo y á cualquiera hora llega

bien; pero si es mala, despertadme al punto, porque entonces no hay que perder ni un instante para buscar remedio.

Antes de salir de su alcoba, ponía Bonaparte un especial cuidado en su *toilette*: mientras su ayuda de cámara le afeitaba y peinaba sus cabellos, leía un secretario u edecan los periódicos, empezando siempre por el *Moniteur*. — Prestaba muy poca atención á esta lectura á menos que fuesen los diarios ingleses ó alemanes. *Pasad á otra cosa* — exclamaba cuando leían los periódicos franceses: — *ya sé lo que dicen, puesto que no dicen sino lo que yo quiero*.

Una vez hecha la *toilette* en su dormitorio, Bonaparte bajaba á su gabinete. Arriba dijimos lo que en él hacia.

A las diez se anunciaba el almuerzo, siendo el jefe de cocina el encargado de este anuncio, hecho siempre en los términos siguientes:

El general está servido.

Como se ve, no se le daba ningun título, ni siquiera el de primer cónsul.

El almuerzo era frugal: todas las mañanas le ponían á Bonaparte su plato favorito consistente en un pollo frito con aceite y cebolla, plato que luego tomó en la lista de los *restaurants* el nombre de *Pollo á la Marengo*.

Bonaparte bebía poco, sólo Burdeos ó Borgoña, y con preferencia este último.

Después de su almuerzo, como después de su comida, tomaba una taza de café puro, y nunca entre horas.

Cuando tenia que trabajar hasta bien entrada la noche, le servían no café, sino chocolate, y el secretario que le ayudaba en sus trabajos tomaba otra taza igual á la suya.

Casi todos los historiadores, cronistas y biógrafos, después de sentar como un hecho positivo que Bonaparte abusaba del café, añaden que hacia un uso inmoderado del tabaco en polvo.

Esto es un doble error.

Desde la edad de 24 años Bonaparte habia adquirido la costumbre de tomar tabaco, aunque nada mas que lo preciso para tener despejado el cerebro: habitualmente lo tomaba, no en el bolsillo de su chaleco, segun algunos afirman, sino en una caja que todos los dias cambiaba por otra nueva, teniendo en esto de coleccionador de cajas cierta semejanza con el gran Federico: — si por casualidad tomaba tabaco en el bolsillo de su chaleco, solia ser en los dias de batalla, cuando no era cosa fácil atravesar los fuegos á galope teniendo las manos embarazadas con las bridas del caballo y la caja del rapé: en casos tales, poníase un chaleco con el bolsillo derecho forrado de piel, y como la abertura de la casaca le permitia introducir los dedos pulgar é índice en el bolsillo del repuesto, sin tener que desabrocharse, podia, cualesquiera que fuesen las circunstancias, tomar tabaco á su placer.

General ó primer cónsul, nunca se puso guantes, contentándose con tenerlos y arrugarlos en su mano izquierda: emperador, ya hizo un progreso, llegó á ponerse uno; y como los cambiaba dos ó tres veces por dia, su ayuda de cámara tomó la determinación de no mandar á hacer sino uno, completando el par con el otro que no servia.

ALEJANDRO DUMAS.

(Trad. F. de la V.)

(Se continuará.)

CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

Los lectores habrán visto en el último número del *Mundo ilustrado* un dibujo que representa una casa rústica, lindante con una huerta de aspecto risueño y pintoresco. Al pié del dibujo se leía la

siguiente inscripción: « Casa de la familia Gayet, en Saint-Cyr, cerca de Lyon. »

En ella vivían, hace unos meses, tres mujeres solas: una anciana abuela, su hija y su nieta, de edad de cuarenta años la segunda y la última de trece escasos. Eran ricas para la localidad, pues que poseían una suma de 60,000 francos: sus manos discretas repartían, segun es fama, limosnas, aunque cortas, numerosas y bien entendidas; y en medio de la soledad de su existencia parece que esta podia deslizarse segura y tranquila con el afecto y la estima que se las profesaba.

El viernes 14 de octubre, á las siete de la noche, una tempestad horrible estalló en Saint-Cyr: desgajábase la lluvia á torrentes y el viento, rebramando con violencia, confundía su voz siniestra con el estampido del trueno. La familia Gayet acababa de levantarse de cenar, cuando de repente se abre la puerta de la estancia en que se encontraban y ven entrar á tres hombres conocidos de ellas, quienes las piden un albergue contra el mal tiempo. Entablan su conversacion y al cabo de algun rato uno de los hombres se levanta diciendo: Vamos! — A esta señal todos se precipitan sobre las tres mujeres, escogiéndola cada cual su víctima: la abuela y la nieta caen exánimes al primer golpe: trata de defenderse la viuda, y al efecto en medio de la lucha coje una hacha pequeña que por casualidad encuentra en el suelo, mas arráncansela de la mano y no tarda tampoco en espirar al lado de su madre y de su hija. ¿Continuaremos describiendo la siniestra y repugnante escena? Añadirémos que los asesinos se entregaron sobre los cadáveres palpitantes de la viuda y su tierna hija á esos atentados infames que la imaginación rechaza y que la pluma se resiste á consignar?

Después de haberse labado las manos, los homicidas recorrieron la casa, abrieron los muebles y robaron el dinero y las halajas que encontraron.

Los detalles de este crimen y el nombre de sus perpetradores permanecieron ocultos algun tiempo á pesar de las activas pesquisas de la justicia. Una casualidad providencial vino á revelarlo todo.

Habían trascurrido cuatro meses después del asesinato, cuando un hombre se presentó en la tienda de un relojero de Lyon á venderle dos relojes viejos. En la tapa de uno de ellos habia algunas huellas de roña que el relojero creyó eran manchas de sangre: apresuróse éste, después de marchado el vendedor, á llevar los dos relojes al comisario de policía. Habíase equivocado el relojero; no eran manchas de sangre, pero el nombre del poseedor de los relojes llamó la atención al juez, quien conoció en él á Chretien, cuyasuegra tenia bastante parentesco con la familia Gayet para poder heredar. Probóse primero que los relojes no habian estado comprendidos en el inventario, y la visita que se practicó después en el domicilio de Chretien suscitó nuevos cargos contra él, habiéndose descubierto una suma de 1,380 francos oculta en un envoltorio de lienzo. Alegó la mujer de Chretien que esa cantidad era exclusivamente suya, fruto de sus economías: por su desgracia, las diferentes épocas en que indicaba haberlas hecho, eran anteriores á los años de las monedas: la objeción no tenia réplica. Nuevos indicios confirmaron á la autoridad en su pensamiento de tener en su mano á uno de los asesinos de la familia Gayet. Siguióse sumaria á los esposos Chretien, la cual dió por resultado la prisión de tres individuos, los consortes Deschamps y Joannon.

Joannon, hijo de un notario de Lyon, espulsado por sus vicios del seno de la familia, desheredado por su abuelo, reducido á la condición de simple jornalero, habia acariciado la esperanza de ser esposo de la viuda de Gayet. Las repulsas de esta le aferraban mas y mas en una resolución por

la que satisfacía á la vez su amor propio, su codicia y sus pasiones brutales; y para llegar á vencer la resistencia que se le oponía, no perdonó ni el escándalo ni la fuerza. Cuando fué echado de casa de la familia Gayet, la pasión de la venganza debió sustituir en su pecho á los otros sentimientos: varias veces prorrumpió en terribles amenazas contra aquella que con su desden destruía todas sus esperanzas. Aquellas habian encontrado eco en la familia Gayet, la habian llenado de espanto, y la nieta, aludiendo á este terror, decía á otra niña de la vecindad: « tú me acompañas todas las noches, pero deberías venir por las mañanas también, porque si un dia nos asesinan serás la primera en dar aviso. »

Estas circunstancias, las deposiciones de varios testigos que encontraron á Joannon á cosa de las siete y media de la tarde cerca del teatro del crimen, la imposibilidad de éste en explicar satisfactoriamente el empleo de su tiempo durante aquella noche, todo en fin, le designa á la justicia como uno de los asesinos.

¿Quién era el tercero? ¿quién el individuo capaz de poder concertarse con Joannon y Chretien para semejante atentado?

Joannon, en cuya sumaria constan sus costumbres desarregladas, estaba en relaciones íntimas y culpables con la mujer de Antonio Deschamps.

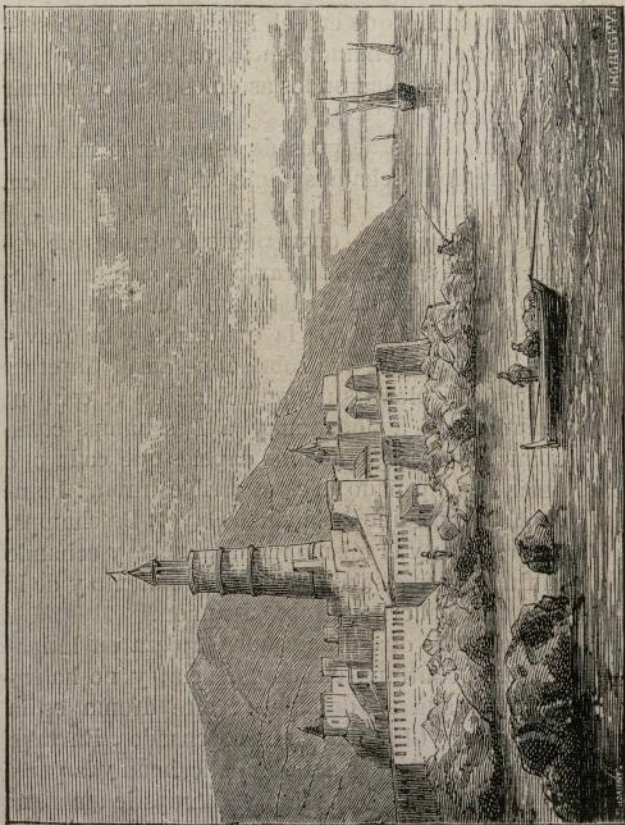
Este último, así como Chretien, tenia sus pretensiones á la sucesión de la familia Gayet: ambos, al dia siguiente de su muerte, hacían alarde de un contento inmoderado: ambos, lo mismo que Joannon, habian escitado graves sospechas con su conducta y sus pasos durante la noche del 14 de octubre. Antonio Deschamps fué preso, y visitada su casa con gran cuidado por los agentes de la autoridad. El patio de esta casa tiene un pozo que mandó secar y reconocer el juez instructor. Iban á poner manos á la obra dos obreros, cuando acudió la mujer de Deschamps y suplicó llorando á uno de ellos que no sacasen del pozo un hacha que habia dejado caer. Habiéndose aproximado el cabo de los jendarmes, acudió aquella también á suplicarle arrojándose á sus piés, y prometiéndole cuanto quisiese en cambio del corto servicio que le pedia. Por toda respuesta, el honrado jendarme la mandó arrestar, y al poco rato los jornaleros sacaron del fondo del pozo un hacha cuyo mango estaba cortado junto al hierro, y que, machacado, atenaceado y quemado, atestiguaba los inauditos esfuerzos hechos para arrancar del ojo del instrumento la madera que en él habia quedado.

Se reconoció que era el hacha de que se servían para la vendimia en la casa de Gayet, la misma que emplearon los asesinos para consumar su crimen.

Algunos dias después de este descubrimiento, el padre de Deschamps ponía fin á su existencia con un suicidio.

La acusación, — cuyo relato acabamos de extractar, — debia encontrar bien pronto un poderoso auxilio en las declaraciones de uno de los acusados. Vencido por la evidencia y la gravedad de los cargos que sobre él pesaban, Chretien confesó de plano su complicidad en el crimen, denunciando á Joannon y á Deschamps como homicidas, designando los papeles que cada uno habia desempeñado en este horrible drama: Joannon, como asesino de la viuda Gayet; Deschamps, de la niña; y él mismo, de la abuela, y echando en fin la responsabilidad del pensamiento y de la iniciativa del crimen sobre Joannon.

Aquí surge otro drama que empieza en la instrucción, continúa en la audiencia, y no ha encontrado aun su desenlace; este drama es la lucha entre Chretien y sus coacusados. En vano Chretien precisa los detalles del crimen y la parte que cada uno ha tomado. Deschamps le amenaza



El fuerte de Castellamare y el monte Pellegrino en Palermo.
(Segun un dibujo de M. Sutter.)

con el puño diciéndole que miente y que es un miserable. No se manifiesta menos enérgico en sus negativas Joannon :

« — Este hombre — esclama — es un criminal ante Dios y los hombres! Chretien, — añade apostrofando á su coacusado — vas á morir, piensa en tu alma, di la verdad! En cuanto á mí, moriré inocente y mártir. Chretien, mala muerte os espera!

» — Mi alma está salva! — responde Chretien.

» — La condenais en este momento! — replica Joannon. »

Por desgracia para Deschamps y Joannon, las revelaciones de Chretien no son aisladas. Habían á su turno los testigos y sus deposiciones caen sobre aquellos con toda la fuerza de su peso; mas Joannon no se deja abatir, acusa la parcialidad de los testigos, dice que en el país se ha formado una conspiración contra él, y no cesa de repetir « que es inocente como el niño que acaba de nacer. »

Los debates tocan á su término. El fiscal y el abogado de Joannon han sido oídos. De repente, sobreviene una peripecia inesperada. — Chretien retracta sus declaraciones.

El presidente le interpela, le pregunta que cómo le ha ocurrido el declararse cómplice en un crimen en que no ha tenido parte; le manifiesta que sus declaraciones concuerdan en un todo con las de los testigos y con las pruebas de justicia; pero Chretien no titubea: se encierra en su negativa absoluta, y pretesta que los elementos de sus declaraciones le han sido facilitados por la instrucción misma, y que, creyéndose amenazado por graves sospechas que podrían perderle, siguió los consejos recibidos en la cárcel, consejos que le hacían ver las falsas declaraciones como único medio de salvación.

La impresión que produjo este incidente fué tal, que el mismo procurador general pidió que las actuaciones se difiriesen hasta otro día. De este modo se encuentra suspendida la sustanciación del crimen de Saint-Cyr, llamado de hoy mas á figurar entre las causas célebres.

PETIT-JEAN.

(Trad. A. L. de B.)

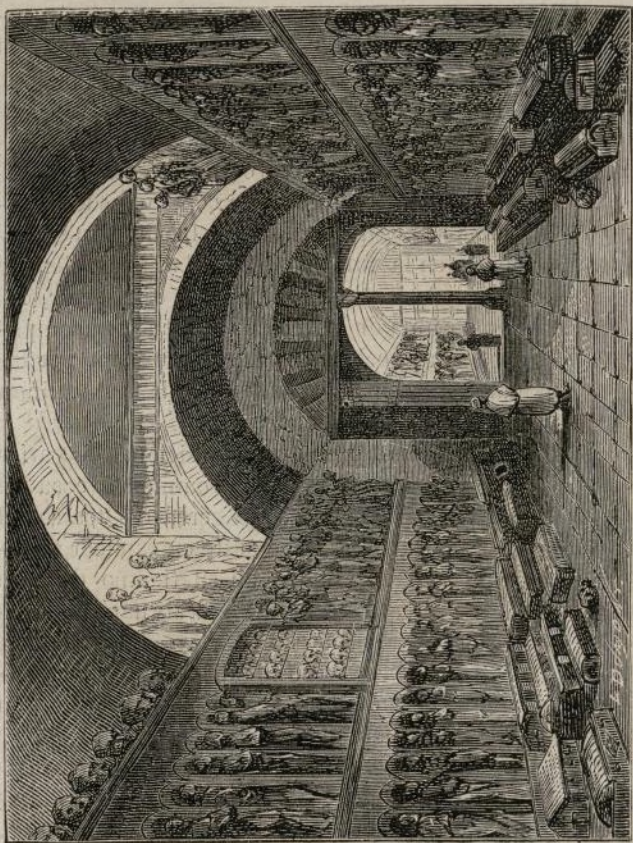
M. Durand-Brager, nuestro dibujante, cuya salida para Sicilia anunciamos á nuestros lectores, nos escribe diciéndonos que, gracias á la simpática acogida é imponderable amabilidad de los oficiales de nuestra escuadra, le será permitido muy pronto visitar los puntos mas importantes de la isla. Esperamos, toda vez que el envío de sus diseños no se retarde por algun obstáculo imprevisto, ofrecer en breve á nuestros abonados la reproducción de los croquis que este distinguido artista habrá de remitirnos.

MAC VERNOLL.

(Trad. F. de la V.)

PALERMO.

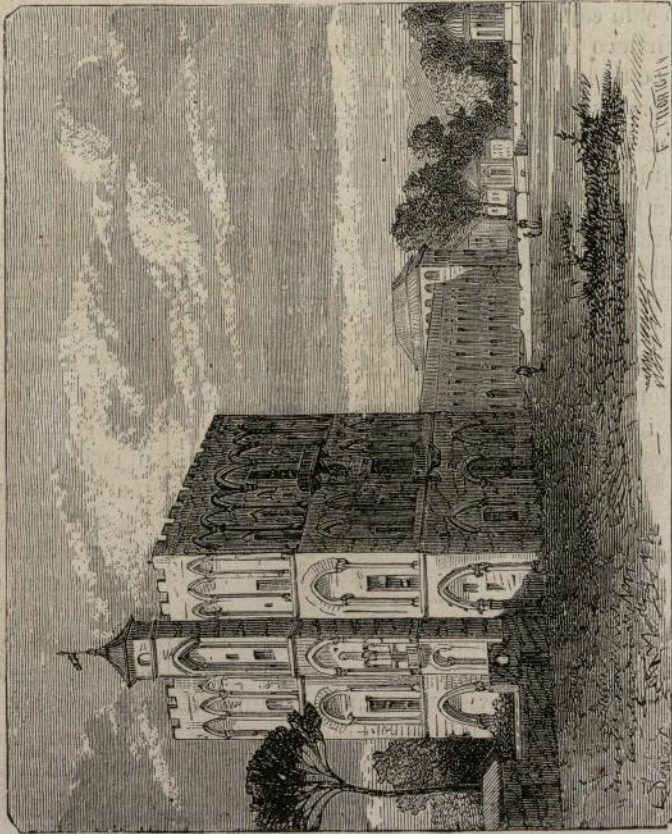
La capital de la Sicilia, Palermo, se encuentra situada entre el mar y un magnífico valle, al pie de las colinas de *Marreale* y de los contra-fuertes del *Monte-Cuccio*. Por la parte del S.-E., la ciu-



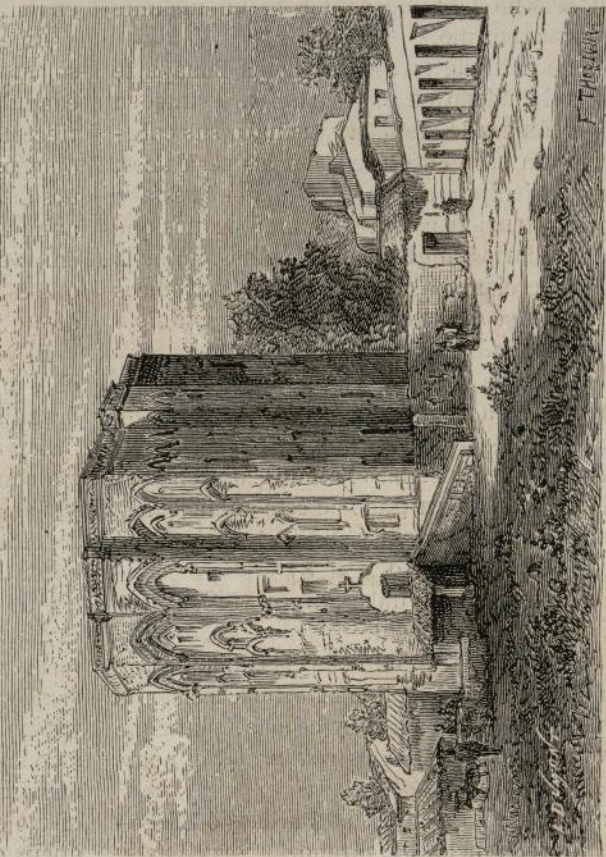
La Sepultura en Palermo. — Cementerio de la nobleza.
(Segun un dibujo de M. Sutter.)

dad está defendida por un barranco, en cuyo fondo corre el *Oreto*, pequeño río que, como todos los de los países meridionales, queda completamente seco durante el verano. La antigua muralla bastionada que cinge á la población por el lado de tierra, está cortada en diferentes puntos, razón por la cual no podría ofrecer una defensa seria en caso de ataque.

Respecto á fortificaciones, Palermo no posee mas que algunas bastantes medianas baterías sobre la rada y el fuerte de *Castellamare*, situado al



La Zisa en Palermo.
(Segun un dibujo de M. Sutter.)



La Cuba en Palermo. — Cuartel de caballería.
(Segun un dibujo de M. Sutter.)

Norte. Este edificio, que se levanta al pié del *Monte-Pellegrino* y á orillas del mar, defiende el puerto. Ascíendese al *Monte-Pellegrino* por una senda trazada en la roca viva, sostenida en muchos puntos por arcos naturales, cuyas sinuosidades llegan á lo infinito, sobre todo en el lugar donde se oculta entre un laberinto de enormes peñascos la gruta de Santa Rosalía, patrona de Palermo, á quien todos los años dedican los palermitanos una fiesta por el mes de julio. Desde que esta Santa salvó á Palermo de la peste, los habitantes la manifiestan su devoción y reconocimiento con cuatro días de anuales y pintorescas procesiones por los flancos del *Monte-Pellegrino* hasta la venerada gruta.

La ciudad está dividida en cuatro cuarteles por la cruz que forman las calles *Cassaro* ú *Toledo* y *Nueva*. El edificio mas notable y el de mas valor bajo el punto de vista artístico, es la capilla Real contigua al palacio.

Colonia fenicia. Palermo formó parte de las posesiones cartajinesas y cayó en poder de los romanos en 251 antes de la era cristiana. Tomada por los godos, fué conquistada por Belisario en 534, y pasó á manos de los árabes en 831. Estos hijos del Africa dominaron la Sicilia, edificando en los puntos mas importantes castillos y fortalezas. Todavía existen, cerca del Corso, la *Zisa*, antiguo castillo de arquitectura árabe, desde el cual se extiende la vista sobre todo Palermo, y el palacio de la *Cuba*, edificio también arábigo, situado en la calle de Monreale, propiedad que era del gobierno de Nápoles, quien habia hecho de él un cuartel de caballería. En esta misma calle de Monreale se ve aun el convento de los Capuchinos, la *Sepultura*, monumento de forma cuadrada dentro del cual se encuentra la cámara circular guarnecida con nichos llenos de momias. Es el cementerio donde se embalsaman y conservan los cadáveres de los ricos palermitanos.

Debemos los croquis de estos antiguos monumentos, como también el de la *Sepultura* y el del fuerte de *Castellamare*, al dibujante M. Sutter, quien los ha tomado sobre los mismos lugares. Nuestros lectores juzgarán de la habilidad de este aventajado artista por la reproducción que de sus diseños hacemos hoy en nuestros grabados.

MAC VERNOLL.
(Trad. F. de la V.)

EL TORBELLINO DEL 16 DE FEBRERO EN LA ISLA DE LA REUNION.

La isla de la Reunion sufrió el 16 de febrero uno de esos terribles huracanes que son el azote de las regiones intertropicales.

M. Voiart, comisario de marina de San Dionisio, nos suministra detalles en extremo interesantes sobre este huracán. De la correspondencia de este erudito funcionario tomamos los apuntes que sometemos á nuestros lectores para que formen una idea de estas horribles tormentas, en comparación de las cuales el *simoun* del desierto y el *mistral* marsellés no son mas que unos dulces y suaves céfiros.

El huracán en aquellas colonias es un inmenso torbellino: el viento sopla en todas direcciones con ímpetu asolador, horrible, y salta repentinamente de un punto á otro á cada hora, á cada minuto. El centro del torbellino está marcado por un intervalo de calma alrededor del cual se desencadenan los vientos en diferentes sentidos. La violencia de estos vientos es tanto mas intensa, cuanto mas se aleja del centro la zona de rotación. Además de este movimiento jiratorio, el huracán, en las regiones tropicales del emisferio austral, tiene otro de traslación que le hace cambiar de sitio, siguiendo casi siempre una línea recta del N.-E. al S.-O., ó del E.-N.-E. al O.-S.-O. Este movimiento de tras-

lación es de una velocidad mínima si se la compara con la de rotación. Puede calcularse por término medio de cinco á nueve millas por hora. Fácil es formarse una idea del terrible destrozo que semejante huracán debe ocasionar en todos los puntos por donde pase. Su funesta influencia, tan devastadora en tierra firme, es todavía mas imponente en el mar.

En su esfera de acción vertiginosa, el huracán levanta las aguas en olas monstruosas que, sacudidas violentamente por los encontrados vientos, chocan entre sí, lanzando al aire densas nubes de salitroso polvo. Una cerrada lluvia viene á compliarse de ordinario con esta furiosa tempestad, á la que difícilmente resiste ningún buque.

¡Infeliz del barco que, no pudiendo rehuir el huracán, se encuentre cojido entre sus ráfagas vertiginosas! Los embates de la mar que le hieren con repetidos golpes le descuajan y amenazan sepultarle en una sima: las olas barren la cubierta impetuosamente, las velas son destrozadas por la borrasca: las vergas describen en el espacio rápidas y aterradoras curvas. La fuerza de las ráfagas y la dirección de la mar atraen hacia el punto de mas peligro al desgraciado buque. La tripulación, agotadas sus fuerzas, ciega por el agua de la mar y la lluvia, pugna por salir de este círculo infernal: réstale un giron de vela; pero procura asegurarle á la única verga que aun queda en la popa: huye, y es bastante feliz para sentir serenarse los vientos y alejarse el huracán.

Apenas tiene tiempo para cerciorarse de las averías causadas por tan tremenda lucha.

La fatalidad no suelta su presa tan fácilmente. Vuelven á muir los vientos, el torbellino se apodera del pobre bajel; desconcertado ya por todas partes, rómpese el gobernalte á los empujes de una mar embravecida, y queda por último el bastimento en el mas horrible estado. Los marineros se consultan y resuélvese el sacrificio del gran mástil como la sola esperanza de salvación. Pero también este sacrificio es inútil. Sacudido, atormentado, juguete de las olas, el infeliz bajel se sumerjirá, ó se estrellará contra otro navío cojido como él por la tormenta, ó arrebatado siempre por el maldito soplo del huracán irá á destrozarse contra las rocas de la costa.

¡Qué espectáculo tan lastimoso presentan estos pobres bajeles, después de haber sufrido tan cruda tormenta cuando vuelven á seguro puerto por una de esas providenciales casualidades! Llegan haciendo agua, arrastrándose con dificultad, sin velas, cuando mas, con algunos girones que flotan en las destrozadas vergas, roto el timón, medio hecha pedazos la popa y con los mástiles picados.

Uno de estos lastimosos espectáculos vino á afligir á fines del último febrero la vista de los habitantes de San Dionisio (isla de la Reunion). Vamos á tratar de describir este siniestro marítimo.

El 25 de febrero á las diez de la mañana los marinos de la bahía de San Luis vieron el barómetro descender grado por grado y que el tiempo tomaba una apariencia cada vez mas alarmante. Nadie se engañó ante los presagios de la proximidad del huracán, y los buques se hicieron al mar dispuestos á huir la violencia de un torbellino que muy luego debía causar tantos desastres.

Según los datos recojidos después, la dirección del huracán era próximamente del N.-E. al S.-O. Su velocidad de traslación, de siete millas por hora, existiendo en el centro una calma de veinte á veinticinco millas.

El radio de acción del huracán era de cien millas, ocasionando fuertes borrascas á una distancia de mas de trescientas.

De los cuarenta y un buques aparejados de las

diferentes radas de la colonia, cuatro solamente volvieron sin notables averías por haberse conformato á las prescripciones de la ley de las tempestades, maniobrando en consecuencia, y presentando siempre la proa al furor de las olas.

El *Colbert* llegó después de haber perdido todas sus velas y haciendo agua: el *Eugenio y Amelia* volvió remolcado por la corbeta la *Somme* en tan deplorable estado, que fué preciso abandonarle por cuenta de los aseguradores: el *San Vicente de Paul*, lanzado violentamente sobre la costa de Madagascar, fracasó en ella habiendo perdido tres hombres: el *D'Aprés* y el *Meunier* arribaron á corta distancia del *San Vicente*, y el *Artillero* y el *Infatigable* fueron abandonados después de un serio reconocimiento. No se tiene noticia ninguna del *Brieron*, del *Correo de las Antillas*, ni del *Alberto el grande*.

Se ve por estos desastres cuán sensible es que los capitanes de buques no se apliquen á estudiar seriamente la ciencia nueva, esa ley de las tempestades cuyas recientes observaciones confirman la regla que hay que seguir en semejantes tormentas.

M. Bridet, teniente de navío y capitán de puerto en San Dionisio (isla de la Reunion), tenía estudiada esa ley hace años y anotadas día por día las mas minuciosas observaciones relativas al emisferio austral, observaciones confirmadas por las que resultan de los últimos hechos del huracán de que nos ocupamos. A consecuencia del 16 de febrero acaba de publicar una carta sobre este fenómeno y un notable trabajo destinado á precaver á la marina de tan horribles catástrofes.

De este curioso trabajo y del de M. Voiart es de donde hemos extractado el presente artículo y la pequeña carta que ofrecemos hoy á nuestros lectores para facilitar la inteligencia de la teoría de M. Bridet.

Afirmada su convicción con el relato de las maniobras ejecutadas por los bajeles que el huracán sorprendió en la colonia en el fatal día 16 de febrero, relato que á la vuelta de aquellos escuchó de boca de las mismas tripulaciones, el autor indica con lucidez los medios, si no de evitar enteramente las consecuencias desastrosas de los huracanes, al menos de escapar á su mas grande violencia.

Después de haber seguido uno á uno á estos infelices buques en su curso accidental, M. Bridet estableció victoriosamente su teoría que formará bien pronto uno de los mas interesantes artículos de la ley de las tempestades; y dirigiéndose luego á los capitanes de barco, termina de esta manera:

« Que los irresolutos y los incrédulos procuren conformarse con esta nueva ley.

» Si la ensayan, no dudo en asegurarles de antemano que bien pronto los contaremos en el número de los mas fervientes admiradores de la teoría de los huracanes, y que dentro de algunos años no verán los marinos sino en sus lejanos recuerdos las huellas de un desastre semejante á los de 1806, 1829 y 1860. Todo el mundo llegará á convencerse de que un barco de vapor podrá en lo sucesivo atravesar sin miedo por los parajes donde los huracanes reinan, porque, siempre dueño de su maniobra, nunca debe ser envuelto en el terrible círculo en que el huracán desencadena todos sus furores: igualmente se admitirá como una cosa inconcebible que, si no es dado á un buque de vela sus- traerse del todo al embate de los torbellinos, puede al menos maniobrar siempre de manera que disminuyan mucho las funestas consecuencias, y, sobre todo, se eviten las pérdidas de hombres y los siniestros marítimos que han sido el triste resultado del huracán du 16 de febrero último. » MAC VERNOLL.—(Trad. F. de la V.)

CORREO DE LA MODA.

Me he aventurado á decir que una hermosa señora, que tiene la costumbre de conducir ella misma su carretela á los Campos-Eliseos, iba á adoptar un *mac-farlanc* y llevar un par de botas con espuelas.

Adonde vamos á parar?... Luego que la mujer quiere hacer el papel de hombre, desciende de su pedestal.

En lugar de ese *mac-farlanc*, cuánto preferiría yo uno de esos hermosos chales de Chantilly cuyo monopolio poseen los *Almacenes del Louvre*!

Las *lionas* consienten también en hacerse lindas patas de cangrejo, llevando guantes de piel de perro.

Quite usted allá!... No me gustan mas las patas de langosta de los señores dandys.

Lo que me agrada en un guante, es el color, lo modelado y el corte. Hé aquí porque el guante *Josefina* tiene todas mis simpatías. Contornea la mano, como el cincel de *Cordier* podría hacerlo. *Cordier* es ese escultor de talento que ocupa toda la galería en la Exposición Agrícola, al lado de los productos de Argel. La superioridad del guante *Josefina* estriba en la supresión de la costura en un lado. La mano se encuentra entonces graciosamente combada, afilada y adelgazada. Hasta ahora el guante *Josefina* no había sido hecho mas que de piel glaseada. La *Ciudad de Lyon*, pasamanera de la emperatriz Eugenia, quien es su propietaria exclusiva, lo ha establecido últimamente de piel de Suecia de varios colores. Hay también el guante *guardia francesa*, para montar á caballo, y el guante *marquesa*, de bolsillo, que se pone como un miton de piel, para el campo.

Pobre campo!... ay! las rosas florecen sin rayos de sol; tiritan de frío en sus tallos; marchitanse antes de abrirse, como esas bellas jóvenes que no hacen mas que aparecerse en la tierra. Las únicas flores alegres, felices y deliciosas son las que hace brotar *Mme Tilman*, porque las da una juventud eterna. Para adornar los sombreros de jardín y de calle, *Mme Tilman* se limita á cortar manojitos de flores.

Su pincel es eminentemente femenino; sueña muchas veces fantásticos caprichos. Pues qué?... Un adorno compuesto de una linda rosa reclinada en medio de un nido de marabúes. Sobre esta rosa, un elegante pajarito canta que adora á la rosa; y la rosa, como es coqueta, se da de polvo con marabúes blancos para estar mas linda todavía.

He visto en casa de *Mme Tilman* todo un aderezo de madreselva destinado para un vestido blanco, editado por la *casa Fauvet*. La madreselva trepaba sobre torrentes de tul con elegante flexibilidad. La *casa Fauvet* comprende el adorno con mucha originalidad, sin traspasar los límites de la distinción. La clientela lo hace todo. Las bellas que le otorgan su confianza no quieren ser vestidas de cortesanas; quieren permanecer lo que son: flores de sencillez, de modestia y de buen gusto. Cuántos lindos trajes de campo he retenido y que no me atrevo á describir!

Sin sol, la moda está perdida. Para quiénes son todos esos vaporosos tejidos de gasa de seda, de granadina, de pintada muselina, de organdí bordado... y todos esos volantes rizados, con *ruchs* y bordados, como hermosos claveles de colores varios? En materia de volantes, no olvideis que el capricho hace todo lo que él quiere.

Uno de los grandes triunfos de la *casa Fauvet* es la esclavina Luis XIII, cerrada solamente en la parte superior y que se abre redondeándose en

la parte media del cuerpo, de manera que deje ver el corpiño y el delantal de la falda.

La esclavina Luis XIII parece haber sido creada espresamente para el sombrero *frondeur de Alejandrina*.

Cuán atrevido parece ese sombrero! Ya se deja ver que le llevaban las hermosas del partido de la Liga que se llamaban: La Gran *Mademoiselle* y la duquesa de Chevreuse.

El sombrero de Alejandrina difiere de los otros sombreritos de baños de mar. Es que la grande artista se podría sujetar á alguna trivialidad? Ah! ni por asomo!... La oposicion constituye el tipo de su talento. El sombrero *frondeur* es de paja blanca con orillas de paja negra, y lleva un lazo de tafetan y una pluma de fantasía. Este sombrero es muy lijero y data de ayer. Os le doy como cosa nueva. Para traje de jardín, Alejandrina ha soñado otros dos sombreros. Un sombrero Leopoldo Robert y un sombrero Garibaldi. El sombrero Leopoldo Robert ha sido tomado del hermoso cuadro *las Segadoras*. Imaginaos un sombrero de paja de Italia orlado de encaje negro, con un manojito de espigas en un lado. El sombrero Garibaldi es digno de su nombre. Es muy audáz, pero cae perfectamente. Es el triunfo de la elegancia.

Cómo es este sombrero?...

No me es permitido decíroslo, — pero pedido con confianza.

Haced otro tanto respecto de la falda imperio de la casa *Foucqueteau*, que describe tan bien el abanico y que ensancha solamente el vestido en la parte inferior. La moda vuelve á adquirir proporciones naturales y elegantes. Sin duda las mujeres no están formadas como se visten, pero es privilegio de la mujer civilizada el buscar todos los artificios de la elegancia que pueden realzar su belleza. Creo que con la falda imperio, la moda permanecerá mucho tiempo en el punto á que ha llegado. La falda imperio se disimula tan bien bajo las enaguas de volantes, que ni siquiera se sabe si existe. No produce ningun bulto. Es blanda y lijera.

Para los baños de mar, *Mme Foucqueteau* tiene unas enaguas que os recomiendo con particu-

laridad. Son muy cómodas para el campo. Estaréis contentas de ellas.

Cuando patrocino una actualidad, es porque vale la pena de ello.

Al destronar el corsé, he obrado, estad seguras de esto, con intencion humanitaria y en interés de nuestra belleza.

El corsé era una prision. Confesémoslo ahora que nos hallamos libres de él. Cuánto sufría una por estar delgada!... El corsé invadía el tallé de la mujer, como una torre que domina á una ciudadela. El *cinturon rejente de las señoras Vertus hermanas* ha sido inventado. Era tan pequeño, tan mono, tan delicado, que se creyó en un principio que nunca desempeñaría el objeto del corsé. Hásele ensayado, y al momento fué seguro su triunfo. Qué mujer volvería á usar el corsé después de haber llevado el *cinturon rejente*?... Ninguna. Solamente el tallé es sostenido y combado. El busto se encuentra indicado con contornos que le sirven de apoyo sin aprisionarle, y la mujer permanece libre en todos sus movimientos.

Para obtener un *cinturon rejente*, escríbase directamente á las señoras *Vertus hermanas*, en Paris.

Las cartas llegan de do quier. Las grandes reputaciones industriales son conocidas siempre. Desconfiad de la falsificación.

Hay una multitud de copias á cual mas malas.

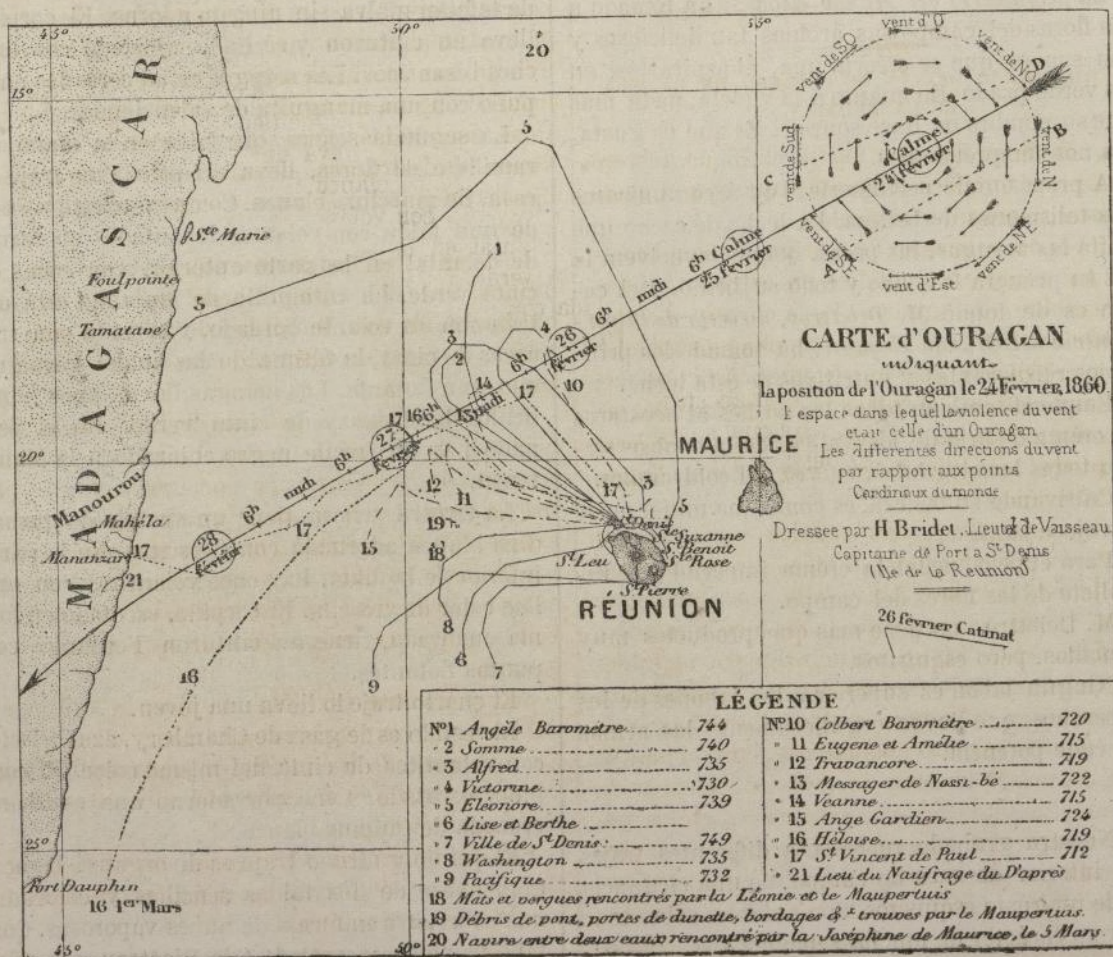
Hablémos del pañuelo *Récamié* que data del primer imperio. Es vistoso como una flor que empieza á entreabrirse, y de toda especie de colores. *Chapron*, proveedor de la emperatriz Eugenia, no hace nunca las cosas á medias.

Si tuviera un cincel de escultor mas bien que una pluma á mi disposicion, procuraria modelar las armas que *Chapron* ha esculpido para el casamiento de la señorita Mirés, hoy señora princesa de Polignac. El algodón nacarado se trasformaba en pasta blanda de Sévres.

Creeríase que era cosa de platería, obra cincelada, ó de pintura, pero algodón nunca...

No olvideis que el pañuelo tiene sus fases de tocador y de elegancia, y que exige un perfume de buen gusto.

Cuál?





Modas de la estación.

Escojed el ramillete del campo, ó la violeta de Niza.

La *perfumeria del Mundo elegante* ha tomado á las flores del campo sus aromas tan deliciosos y tan suaves, que se creería una, al aspirarlos, en un verde prado. En cuanto á la violeta, nada mas que su nombre os hace sonreír. Es que os gusta. Ya nos comprendemos.

A propósito de perfumería, voy á comunicaros dos talismanes de belleza. La leche de cacao que quita las arrugas, las pecas, y que devuelve á la tez su primera frescura y todo su brillo. Del cacao es de donde *M. Delettrez, director de la perfumeria del Mundo elegante*, ha tomado los principios refrigerantes y nutritivos de esta leche.

Emplead tambien todas las noches al acostaros la crema de lirio de los valles, de la cual se sirven todas las elegantes, en vez del cold-cream.

Cultivando su belleza, es como una mujer no se envejece jamás.

Para el pelo, pedid la crema imperial y el ramillete de las flores del campo.

M. Delettrez no tiene mas que productos muy sencillos, pero esquisitos.

Ningun jabon es superior á los jabones de los soberanos, que llevan orgullosamente las armas de cada potencia.

Nuestro grabado representa diferentes trajes de interior de casa de campo, de una elegancia y de un gusto esquisitos. Son notables sobre todo por su carácter de mucha sencillez.

La joven que se halla sentada y que parece escuchar los susurros de la tarde, tiene un vestido de tafetan malva sin ningun adorno. El corpiño lleva un cinturon y se halla ajustado con broches bizantinos. Las mangas están cerradas en el puño con una manguita de valencienes.

La segunda señora, que tiene en la mano un ramillete de flores, lleva un primoroso traje de casa, de muselina blanca. Compónese este vestido de una falda con volantes levantados en forma de delantal en la parte anterior, con cocas de cinta verde. La casaquilla de muselina está orlada con un volante bordado, y cerrada con tres cocas de cinta, la última de las cuales forma un cinturon flotante. Las mangas llevan unos hombrillos bordados y de cinta verde. En el peinado hay un encaje negro enlazado á la Main-tenon.

La tercera señora tiene un vestido de granadina blanca adornada con florecitas. En la parte inferior de la falda, hay once volantitos con orillas color de grosella. El corpiño, escotado en forma cuadrada, tiene un cinturon Fontange con puntas flotantes.

El cuarto traje lo lleva una joven.

El vestido es de gasa de Chambéry, azul celeste, con volantitos de cinta del mismo color. El corpiño, escotado, tiene por adorno una esclavina cruzada de guipuir blanco.

El quinto y último traje es de organdí blanco. Compónese de dos faldas sencillas y colocadas una sobre otra en forma de nubes vaporosas. Corpiño fruncido y escotado á lo Watteau, con orla-

dura de guipuir y una cinta color de rosa. Cinturon color de rosa, formando un nudo en el lado. Mangas fruncidas con vistas de guipuir y de cinta color de rosa. Peinado griego con el pelo formando bucles en la frente, y cinta rosa sosteniendo los rizos. Esta cinta pasa bajo el rodete y cae por detrás en dos puntas.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

(J. R.)

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

ERRATA IMPORTANTE.

En los tres números anteriores del *Mundo ilustrado*, 18 19 y 20, correspondientes á los dias 7, 14 y 21 de Junio, se ha puesto equivocadamente MAYO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MEL ADO.

en

MADRID,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO

en

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

Se remite franco de porte el catalogo de las publicaciones de dicho Establecimiento á las personas que deseen obtenerlo.

Paris.—Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 15, rus Breda.